

WALDEMAR SOMMER

A través de dos exposiciones simultáneas, el santiaguino Máximo Corvalán-Pincheira (1973) facilita al público el mejor conocimiento de su obra. Exilios juveniles y su consecuencia ideológica se reflejan en lo que está presentando en el Museo de Arte Contemporáneo (Forestal). De orientación conceptual, ofrece acuarelas que colorean las listas con nombres de guías telefónicas, tanto capitalinas como neoyorquinas. Construyen un contrapunto entre desaparecidos de nuestro país y víctimas de las Torres Gemelas; es decir, se trata de vidas eliminadas por extremismos de uno y otro extremo político. Luego, el autor interviene, mediante intensidades variables del fuego, volúmenes del Informe Rettig. Más allá de su mensaje, cada uno de estos conjuntos se hallan organizados limpia y armoniosamente.

Por entero diferente resulta la exhibición de Galería Artespacio. Ahí, desde un comienzo, pareciera nos recibe un lindo jardín floral. Su exótico protagonista es el moho natural, que ataca o simplemente vegeta la araucaria, nuestro árbol más genuino. Aumentada, fotografiada su visión desde la redondez del microscopio se la ofrece a través de dos posibilidades visuales. Una, de tinte más visceral, consiste en catorce imágenes directas —ediciones de

MAC y galerías Artespacio y Animal:

Memoria, hongos y bordados

Dos exposiciones diferentes de Máximo Corvalán - Pincheira:

PADECE

Lugar: Galería Artespacio

Fecha: hasta el 26 de octubre

SECUENCIA:
MEMORIAS,
HUELLAS E
IDENTIDADES

SIN TEMOR AL
TIGRE NI AL
RINOCERONTE

Pinturas, bordados y maniqués de Cristián Velasco

Lugar: Galería Animal

Fecha: hasta el 26 de octubre



La obra de Máximo Corvalán-Pincheira en la Galería Artespacio.

cinco ejemplares cada una—, en blanco y negro, amalgamadas con palabras de luz de neón. Creando ese texto una unidad formal muy atractiva, ostenta cierta leve connotación irónica o bien se limitan a indicar las letras de un código genético. La otra versión comprende la imagen sin color del ocular de laboratorio, a la que se superpone la misma imagen calada a mano con bisturí —cual bordado—, recortada des-

de mapas en papel que comprende su expansión por los cinco continentes, incluyendo coloración. Con igual número de ediciones que la posibilidad anterior, corresponden a nueve trabajos, más uno que renuncia a integrar el fondo.

Una tercera y única versión del personaje se limita a entregarlo en forma de trozos de corteza, a la manera de corte transversal del tronco, y coronado por un verde letrero en

movimiento horizontal que señala el código genético. Pero también se hace presente un importante par de esculturas. De veras hermosas, se encuentran construidas con amarras de cemento, alambre, ramaje de araucaria carbonizado y erizado con delgadas láminas metálicas o de ramitas del árbol. Desde estos dos “Amasijos” emergen aguas y esbeltos tubos de neón: ya azules, capaces de comunicar efecto misterioso, nocturno; ya agregando amarillo, rojo y la consecuente sensación de diurno optimismo.

Conceptualmente capital es que todos los casos anotados se convierten en metáfora, cuyo mensaje ecológico se proyecta a una presunta descomposición de Chile entero. De esa manera, lo exhibido en Artespacio se asocia, sutilmente, al concepto memorioso y más evidente de la proclama plástica del MAC.

Por intermedio de dos vías contrapuestas discurre el conjunto que Cristián Velasco propone en Galería Animal (ex Tomás Andreu). La vertida en tres dimensiones apela al pop art y al pasado cercano del artista: un maniquí femenino anulado por un par de colchones que solo de-

jan al descubierto las piernas y la cabellera. Derivado de él, tres manos sostienen flechas y se intercalan entre las pinturas y bordados murales ofrecidos. Entre estas últimas disciplinas resultan figurativas las primeras, mientras en general los segundos constituyen diseños geométricos de líneas rectas paralelas. Paráfrasis de grandes maestros —Vermeer, Velásquez, nuestro Pedro Lira—, las telas pintadas alcanzan su momento más atractivo en una de sus tres versiones de “La bordadora”, célebre aporte del holandés en el Museo del Louvre. Compuesta con mayor labor de hilos, se completa el pigmento con las parciales rectas típicas; asimismo, acá las rugosidades voluntarias del soporte se suman para acentuar su efecto táctil. Por otro lado, destaca un concurrido “Retrato de familia”. Se trata de un amplio dibujo que se limita a los contornos de los retratados y a sus sombras respectivas; en rojo y negro sobre el lienzo blanco deja hebras sueltas, otorgándole espontaneidad.

Seis imágenes de paños colgantes pueden considerarse, sin embargo, lo medular de la exhibición. Muy bien delineados, dejan caer sus pliegues con naturalidad. En ellos se dificulta al ojo del observador distinguir entre el enjambre de hilos paralelos y las líneas con tintas de color. Pero conforman un bello conjunto.

ANDRÉS PÉREZ CUENCA